

Pasemos á dar debida cuenta del otro formidable argumento recapitulado en estos formales términos, un si es no es arrogantes: "No: la masonería contemporánea, no tiene otros orígenes, no se remonta más allá de la fecha que le hemos señalado, *con la historia en la mano.*"

¡Alto! Como en las polémicas á veces hay de todo, desahagamos anticipadamente aquel equívoco de "masonería contemporánea," para no caer en alguna zancadilla, ó no gastar palabras ociosas. Si por ese *contemporánea* se denota la masonería apellidada *hoy* con este mote, la masonería organizada *hoy* de tal ó cual modo especial, y que funciona *hoy* bajo tal ó cual forma transitoria, convenido, caballero; la contemporánea es la contemporánea y antes de nosotros no fué nuestra contemporánea; claro está y no hay más que decir. Pero si se propuso dar á entender, y es lo que supongo, que antes de esta contemporánea, no hubo tal secta anticristiana y antisocial, con tal ó cual forma y apodo, ni tales carneros, aquí estoy yo, bien que poco valga, para volverle al cuerpo aquel enfático, *con la historia en la mano.*

A la verdad, hablar de historia en términos tan generales, en los tiempos que corren sobre todo, con esa facilidad callejera, por decirlo así, para *hacer* historia, y más tratando de comprobar con ella un hecho tan obscuro, tan enmarañado de suyo, y luego confundido de intento con variedad tan prodigiosa de versiones, hablar así á bulto de historia es hablar de la mar. Por esto nos causó sorpresa afirmación tan rotunda y aquella frase no muy modesta que digamos, *con la historia en la mano*; y despabilando los ojos, nos dimos á repasar muy de asiento las páginas de la exposición histórica que dimos extractada con todas las citas que las calzan, sin dejar una, á caza de la careada historia; y efectivamente nos topamos allí por junto con los siguientes autores y sus obras respectivas:

H.: Rebold.—Historia general de la Francmasonería.

H.: Findel.—Historia de la Francmasonería.

H.: Tory.—Acta Latomorum.

H.: Preston.—Ilustraciones sobre Masonería.

H.: Favre.—Documentos masónicos.

H.: Kloss.—Historia de la Francmasonería en Inglaterra, Irlanda y Escocia:

Constitución de los Francmasones, Londres 1723.—Total: seis autores masones, más una pieza masónica.

¿Esta es toda vuestra historia para arrojarnos *plenis buccis* aquella decretoria sentencia, *con la historia en la mano*? Apaga y vámonos.

Como en la dilucidación de un hecho tan arduamente controvertido, sobre el cual bien se habrán ejercitado algunos centenares y aun millares de escritores, citar seis autores y un documento de una sola parcialidad y esta tan interesada, tan sospechosa y por muchos títulos recusable, no es citar nada: como por otra parte el alegar en comprobación de algún hecho *la historia* así en globo, á carga cerrada, se entiende en el mundo literario de la historia incontestable ó no contestada razonablemente por autores de alguna fama y buena nota; de la historia representada por la totalidad ó la mayoría al menos de sus principales y justamente más acreditados autores; siendo esto así, como innegablemente lo es, derecho nos asiste para responder secamente, con aquella *cara feroce* del argumentante picado, al medio aporuguesado sostenedor de la opinión modernista, *nego*, y esperar impávido otras pruebas; ó bien más sencillamente, para cortarle el vuelo con el vulgar: hermano, á otra puerta, que por acá no cuela; ó soltarle sin contemplaciones el otro dicho más expresivo: á otro perro con ese

hueso, dando por bien rematado y despachado en regla el pretencioso argumento de *con la historia en la mano*.

Pero nosotros no hemos de mostrarnos tan crueles y vamos á entretenernos en sacarle el meollo á esa ponderada *historia*.

Desde luego nos maravilla que el distinguido P. N. Deschamps, uno de los hombres, si no el primero, que en los últimos años ha hecho investigaciones y estudios más serios y profundos sobre la masonería; aquel cuya obra elogió el Ilmo. Sr. Fava, diciendo que había realizado cumplidamente el famoso programa del Ilmo. S. Ketteler sobre la materia; sumamente nos extraña que en su sexta edición, refundida, aumentada y continuada por el no menos entendido Claudio Janet, á pesar de que dedica dos largos, concienzudos y magistrales capítulos á los orígenes de la tenebrosa secta; allí alega, desentraña y comenta multitud de autores y libros de primera nota, de toda edad, de todas naciones, de toda religión y procedencia, de toda estofa, masones y profanos; y lo que es más, allí sigue punto por punto el hilo de la exposición histórica, que nos regalan nuestros contrincantes, con la recomendable diferencia de que endereza ó rectifica, completa y amplía pródigamente los datos y noticias de ellos, convirtiendo su obra de aprendices en obra de un maestro hecho y derecho; nos sorprende en gran manera, repetimos, que á pesar de tales antecedentes, no hiciese vela para el partido de ellos, ni mérito siquiera de su sistema, y que á pesar de tanto saber histórico, no acertase á avizorar aquella historia que ellos tenían en mano y tremolaban con aire de triunfadores. Mal precedente, pésimo; que pone de manifiesto, como para precisar una fecha ó deslindar una genealogía, no basta escojer con más ó menos visos de fundamento un tronco ó una data; y luego á partir cuidadosamente de ella para abajo hilvanar una historia más ó menos

real ó verídica, pero bien contada, para decir luego con tono de suficiencia cual maestro á sus doctrinos; señores, no hay más allá, ni más arriba, *con la historia en la mano*. Cuando lo que procede en estos casos es, lo primero de todo, por riguroso método de eliminación ó con otro género de pruebas sólidas é irrecusables, establecer y determinar firme el tronco ó la data, que es el eje de la cuestión, y en seguida rellenar el hueco de la historia de la manera más plausible. Así es como debe hacerse para que no nos den con la badila en los nudillos, y por malos argumentantes no nos manden noramala, acusándonos una *petición de principio*, según que la llamaban los rancios.

De suerte que por falta de historia, ó sea pobreza de citas y consiguiente nulidad de la prueba; por el silencio absoluto y aun resuelta oposición del P. Deschamps, con todo y conocer éste aquella pequeña historia y mucha más historia análoga; y por esta petición de principio que acabamos de descubrir, lícito nos fuera desechar el campanudo argumento histórico y dar por terminada nuestra comisión con éxito satisfactorio.

Pero ya entramos en ganas de seguirles el humor y queremos tomarles el pelo en el examen de las autoridades aducidas.

Todas ellas son masónicas. En la cuestión presente, fíjese el lector en nuestras palabras, no digo las siete pobres alegadas, muchísimas más que fueran, ¿qué valen *por sí solas*? Nada. Ya tocamos este punto y apuntamos nuestras razones: si para extenderlas no acumulamos allí los innumerables pasajes masónicos que tal vez fuera menester para el caso, es por lo enfadoso é inaguantable de la tarea, tanto para el escritor como para el lector, y por la facilidad de convencerse cualquiera con solo una vista de ojos girada á una biblioteca masónica. Por lo demás quedan en pie las dos razones ó motivos de incompe-

tencia masónica en aquel lugar indicadas, ineptitud y mala fe: la ineptitud, testificada por los dos doctores máximos entre otros del Orden, que así fastuosamente se bautiza la banda cosmopolita, de cuyas críticas, chanzonetas y palmetazos aplicados á sus imbéciles cofrades, vese algún rasguño en Saint-Albin [1] y en el Antiguo Rosa Cruz [2]: la mala fe, demostrada no solo en las amañadas explicaciones de los maestros. . ., sino también *á priori* con el sistema de superchería y dolo usado por la cofradía. Ciertamente juro por el poso de mis padres, que quien se emperre en sacar en claro la genealogía masónica por medio de los autores *idem* á través de sus anacronismos, consejas, infinitas variaciones y contradicciones, si no se vuelve loco, será por milagro.

Que si alguno nos echa en cara el buen partido que de los datos masónicos de toda especie se saca en otras cuestiones contra la secta misma, esto tiene obvia salida; es argumentar *ad hominem*, como decían los viejos en su compendiosa fraseología, muy cómoda por cierto; es rebatir al enemigo con sus propias armas.

En resumen, que estamos buenamente autorizados para recusar las tales autoridades y dejar nuevamente con la palabra en la boca á nuestros contradictores. Mas les favoreceremos otra vez con nuestra indulgencia y proseguiremos dándoles cordelejo, para que no tengan queja de nuestro maltrato.

Enhorabuena valgan, aunque no debieran valer, las simples citas, las desnudas acotaciones de los seis autores y la única pieza anónima que hemos de aceptar por buenas, bien traídas, pertinentes y comprobatorias del intento, aunque no nos conste, ni nos sea dable confrontarlas por no inscribirse en el tex-

(1) Les Franc-Maçons, Ch. I.
(2) La Franc-Maçonnerie, Ch. V.

to los pasajes originales; grave omisión en tan porfiada controversia. Pero aun esto concedido, no se nos negará en buena ley, la libertad de tomar por ahí informes del mérito y valía de cada uno de esos sujetos para graduar á ciencia cierta lo que su aserto ó su dicho pueda pesar en la balanza de una crítica juiciosa é imparcial. Manos á la obra, pues, y de los seis famosos probomhres, Rebold, Findel, Tory, Preston, Favre y Kloss, comencemos por el primero.

¿Rebold? ¿no es el analista sectario á quien tan desapiadamente fustiga y con quien tan de lo lindo se chunguea el *Antiguo Rosa-Cruz*, calificando de novela su pretendida historia, pillándole gazapos históricos aquí y allá, sorprendiéndole en mala fe y en contradicción consigo mismo, esto sí, transcritos al pie de la letra los textos necesarios? Allá van para muestra algunos botones y se podría completar un buen mostruario, si nos pusiésemos á la faena.

Según nuestro fabulista, que así le nombra el Antiguo Rosa-Cruz, ¿de quiénes provino la masonería? De los albañiles y maestros constructores de Numa, segundo rey de Roma. ¿Cómo se formó la sociedad con sus misterios, sus símbolos, sus secretos. . . . hasta con sus médicos graduados supongo, etc., etc., y cómo continuó y se propagó durante siete siglos y pico, tan formal, tan compacta y bien ordenada? ¡Velay! *esas son preguntas viles*, como decía el del romance; y aunque la historia se calla como un muerto, lo dice Rebold; así fué y tres más. —Vienen los cristianos, se hacen compinches de los masones, ladinamente se pegan á estos gentilazos para escapar de persecuciones, en buena paz y compañía se echan á correr mundo con ellos á lo gitano, y hasta los muy gorriones les piden de comer: el fenómeno de esta admirable unión y concordia se explica sencillísimamente, nos dice el maestro; porque la esencia

del verdadero cristianismo se armoniza con el espíritu de las logias.—Van días y vienen días, y he aquí que se vuelven las tornas: ahora los perseguidos son los masones; pero ya saben á donde ir, á los monasterios, donde los reciben con los brazos abiertos: amar es corresponder. . . . Y con este favor la van pasando ricamente años y siglos, levantando torres y catedrales, las mejores por supuesto, fundando logias y sembrando por doquiera las doctrinas humanitarias de la institución. De repente se le corta á Rebold el hilo de su bien hilvanado cuento, porque asegura que á principios del siglo XVI desaparece todo rastro de logias. ¡Vuelta á la derecha!

Pero consuélense nuestros modernistas, porque ¡vuelta á la izquierda! el mismísimo Rebold, el incomparable Rebold nos da cuenta de que reaparecieron los masones y que á la mitad justa del siglo XVII [1642] estaban conspirando por la restauración del trono de Inglaterra. ¡Buenos defensores se echaron los modernistas, cuando el patrono rogado á favor de su célebre historia, presenta vivitos y coleando, es decir, maniobrando perfectamente organizados á los masones, antes que naciesen *secundum evangelium suum!*

Mas para todo hay remedio, dado que nuestro fácil historiador, para quien lo mismo es decir haches que erres, niega con sin igual frescura ¡otra vuelta á la derecha! que en 1681 existiese un masón ni para muestra. A propósito ¿y aquellos vetustos colegios de oficios de Numa Pompilio, primer nido amoroso de la masonería? ¡Bian le casca las liendres el Antigo en pena de esta última inconsecuencia. ¿Y qué decir de aquel esperimento de los Jesuitas hechos masones, que fundan logias por todo el mundo viejo y el Nuevo, dominándolo todo y aliándose con judíos y protestantes?

Y es que el bueno de Rebold debe de pertenecer á la tropa de los masones cándidos en achaques de historia, como al de-

cir del terrible Antigo, pertenece también en cuestión de grados, cuando afirma que fuera de los tres de la masonería simbólica, todo lo demás es cháchara; ocurrencia que hace sonreír á los verdaderos iniciados.

Con que, señores de la historia en la mano, este es su apreciable Rebold. ¡Quémenlo! que hasta contra vdes. se atreve. No sirve. Repácese el autor citado [1].

Para no pecar de difusos nos detendremos poco en el escrutinio de los demás autores:

Le toca el turno á Tory, autor del *Acta Latomorum*. Es uno de los historiadores masónicos más formales, y afirma con aplomo que “hasta 1717 no cesan las incertidumbres históricas respecto á la sociedad;” pero en cambio, para no desmentir el carácter de familia, mientras por un lado coloca en el año 287 de Jesucristo el principio de la secta, por otro la deriva desde San Juan Bautista, fundador de los Templarios, que no lo fué Hugo des Payens ó de Paganis, quien no pasó de ser uno de tantos Patriarcas sucesores del Bautista, elegido por los cristianos de Oriente. Además se encarniza en sostener la excomunión lanzada en 1324 por Larmenio contra los Templarios escoceses, á quienes trataba de *Templi desertores* y *Dominiorum militiæ spoliatores, alias* bandidos; hecho que produjo un gran cisma entre los sectarios [2].

Ya se ve por este apunte qué estimación ni crédito merece un escritor que tales cosas dice y se contradice, ni que valdrá su testimonio. ¡Fuera!

Comparezca Findel. Es tal vez el más entonado de los seis; pero descubre la hilaza. No le consiente su despreocupación

(1) La Franc-Maçonnerie, par un Ancien Rose-Croix, Ch. 7, 8, 9, 1.— París, 1883.

(2) *Acta Latomorum* t. II, págs. 141, 142 y 143.

oír hablar de filiación templaria; es su flaco. Pero emite la especie de que la *Nueva Atlántida* del famoso Canciller es un empedrado de alusiones masónicas, la expone (la especie) y la prueba en juicio; porque no era esta la cuerda de su manía por una parte, y por otra no vió asomar por ahí la oreja del lobo: cuando he aquí que un buen día se presenta el h. . Favre, y con toda lisura, como quien no la teme ni la debe, viene aclarando de una manera demostrativa, al parecer del P. Deschamps, que es parecer de quien lo sabe, que aquel engendro del Canciller lo mismo que los libros de los Rosa-Cruces, contienen clarísimas indicaciones de los Templarios. ¡Buen fracaso! Que no fué el único: puesto que por mor de aquella idea fija, armó furiosa campaña contra la célebre *Carta ó Constitución de Colonia*, por sus notorias referencias á los extinguidos Caballeros, y aquí fué dar traspieses. Juró y perjuró, que aquel inícuo papel “había sido confeccionado probablemente á fines del siglo pasado;” siendo así que, conforme asevera Saint-Albin y con él otros escritores de valer, todas las logias se están regodeando con el documento y lo veneran como auténtico la friolera de hace dos siglos. Impugna la misma pieza, y “todos sus argumentos, habla el P. Deschamps, se reducen á decir que las ideas y el estilo no son del siglo XVI, lo cual es resolver la cuestión por la cuestión misma.” Pero cuando acaba de descubrir el cobre, y muestra á las claras los puntos que calza en crítica, es al sentenciar muy serio, que “si hubiesen quedado algunas restos de la orden del Temple en los siglos XIV y XV, en el acto los jesuitas les habrían echado ojo y los habrían denunciado.” “¡Anacronismo digno del M. . Ragon (1)!

¡Salve, gran Findel! ¡Que le encrocen, aunque por desgracia no esté de moda!

(1) Deschamps. Les sociétés secrètes L. II, párrafo 2, nota.

Viene el saltinbanquis de Preston. El cual publicó unas *Ilustraciones sobre la masonería* con notas y parches ó añadiduras del celeberrimo G. Olivier-London: Whitaker and C., Ave María Lane.—Volúmen en pasta de cuero negro, con planchas doradas que representan el sol, la luna, los siete planetas, la escuadra, el compas, la rama de acacia y la Biblia. Al final de toda la prosa siguen Odas, Antifonas y cantares sobre el arte, es decir, la masonería. El libro enseña, entre mil cosas peregrinas, que la masonería en sus cantos es *divina é infalible*, revelada al mundo en los misterios de Egipto, Persia, etc., etc., con toda la retahila. Con que Preston es músico: buena recomendación para historiador. ¿Quién es el danzante? El Rev. G. Olivier, el más fecundo y erudito escritor masónico, que en todas sus obras artificiosamente dice de la masonería todo lo que no es y niega todo lo que es; de suerte que el iniciado en la negación encuentra la afirmación, y viceversa; pero el profano y el masón de los grados inferiores queda contento y engañado. ¿qué tal danzante? Y ese es el padrino del libro de Preston, ¿qué tal músico será éste [1]?

¡Entre músicos y danzantes! Los caballeros de la historia en la mano debían de haberse respetado algo más á sí mismos en la elección de autores.

Llegamos al h. . Favre, editor de una colección de *Documentos masónicos* con la obligada introducción de siempre. De él se sirve el P. Deschamps para confirmar la noticia de los Rituales redactados por Askmol. Sus documentos valen como de tal procedencia: ciertos documentos nunca los publican los masones, y penan hasta sangrientamente revelaciones indiscretas, según es de cajón. En casos dudosos le diremos á Favre con

(1) Studio sul massonismo, per L. G. V. S. M. A.—Italia.—Es obra escrita con mucha chispa y con vastos conocimientos sobre el asunto.

sus documentos y todo: quien no te conoce, que te compre. Pueden emplumarlo por masón.

Cerramos el escrutinio con Kloss. Este doctor en medicina se metió á doctor en la ciencia de las ciencias y arte de las artes, como la llaman Preston y Olivier, y á pesar de ser opuesto á la *antigua tradición* de la masonería (tome vd. consecuen- cial dogmatiza contando, que "la primera raíz de la institución proviene de la torre de Babel. Entonces tomó gran desarrollo. El rey Nemrod fué m.; Salomón confirmó los estatutos y cons- tumbres establecidas por su padre; con lo cual la mas. se afianzó por todo el país, en Jerusalén y en muchos otros reinos. Nino Graco pasó á Francia y allí la fundó. S. Albano en Ingla- terra dictó reglamentos y animó la recluta [1]." El que guste pasar un rato divertido con las sandeces del doctor dogmatiz- ante, lea el discurso íntegro en Saint-Albin [2]. A éste por- majadero y á todos sus congéneres, por si algún día á los mo- dernistas se les ocurre traerlos á la colada, tres mamolas sella- das, como las que la Dueña Dolorida le hizo á Sancho Panza:

Reflexión final. ¿Con tales digamos historiadores esos caba- lleros se embarcaron, amasaron, figuraron y confeccionaron su estupenda, su invencible é imponderable historia, para venir- nos con aire triunfal, sin admitir réplica ni dilatorias, á decir: *con la historia en la mano?*

Ampliamente refutados y pulverizados, si la presunción no nos engaña, los dos Aquiles de la argumentación contraria, va- mos en dos palotadas á contestar las dos confirmaciones que sirven de contera á los dos únicos argumentos anulados.

(1) Gautrelet, Franc-Maçonnerie, Let. 4ieme.

(2) Les Franc-Maçons. Ch. I. p. 15.

1.^a "La semejanza que existe entre los usos y principios masónicos y los desarrollados en los mentados escritos del si- glo XVII." Los escritos aludidos son la *Nueva Atlántida* y los libros de los *Rosa-Cruces*: no nombran otros el P. Onclair y su maestro de la *Civiltá*. Para deducir la consecuencia que ellos pretenden, ignorarían seguramente la particularidad de las alusiones á los Templarios clarísimas y bien demostradas, que se encuentran en los escritos aludidos, lo cual señala la preexistencia de la sociedad secreta. La observación de Favre acerca de dichas alusiones, de que más arriba nos hicimos cargo contra Findel, viene reforzada con el voto del diligentí- simo investigador Eckert [1]. Tampoco había llegado á sus oídos, que según testimonio del P. Deschamps, desde princi- pios del siglo XVII los Rosa-Cruces aparecían á la vez en Ita- lia y Alemania, desplegando una actividad extraordinaria; que por dicho de su historiador predilecto Findel, la secta de los Rosa-Cruces fué continuada por Valentín Andrea, nacido en 1586 y muerto en 1604; que ya en 1619 un folleto anóni- mo, por título *Rosæ crucis frater*, daba la voz de alarma so- bre lo peligroso de esta asociación, y que en 1654 Campanella, en su libro *De Monarchia hispanica discursus*, acusaba á la cofradía de los Rosa-Cruces de que *se proponían sistemáti- camente la ruina de la sociedad*; que, si alguna considera- ción merece la palabra de un testigo coetáneo, L. Orvio, en 1622 funcionaba en el Haya una lógica de Rosa-Cruces com- puesta de los primeros personajes de la ciudad, con sucursales en Amsterdam, Nuremberg, Dantzick, Erfurt, Mantua y Ve- nencia [2]. Datos todos estos, repárese en las fechas, que po- nen en evidencia, *por la semejanza de los usos y principios masónicos con los escritos citados*, palabras de nuestros ami-

(1) La franc-maçonnerie t. II p. 48 y 49.

(2) P. Deschamps obr. cit. L. II. cap. 1.º párrafo 3.º